



## Los receptores de ayuda deben rendir mejores cuentas

Peter Heller (“Por una ayuda eficaz”, septiembre de 2005) ha subrayado algunos desafíos importantes que enfrentan los organismos de ayuda y los países receptores. Tiene razón al señalar que debe hacerse más para obtener resultados tangibles en los programas de ayuda. Pero solo menciona de pasada otro desafío importante: lograr que los receptores estén lo suficientemente motivados para colaborar con los organismos de ayuda. Muchos programas carecen de incentivos específicos para que los receptores canalicen la ayuda efectivamente a los beneficiarios finales. En este sentido funcionaria de maravillas un pago por buen desempeño a los principales funcionarios oficiales en los países receptores, donde el rendimiento de cuentas aún es limitado: si falla un programa de ayuda, le sigue otro con la misma seguridad con que el día sigue a la noche. Esto lo garantiza una mala competencia entre los donantes.

Afortunadamente, desde que el Banco Mundial y el FMI adoptaron los documentos de estrategia de lucha contra la pobreza como piedra angular de sus programas, se ha dado mucho mayor relieve a la identificación de las autoridades receptoras con los planes de ayuda. Pero buena parte de esos documentos son redactados por funcionarios y consultores de las instituciones multilaterales, que luego piden a los gobiernos receptores y a la sociedad civil que los refrenden. Entonces, ¿dónde se originaron las ideas? Por último, las sanciones por incumplimiento de las reglas de los programas y los requisitos de divulgación rara vez van más allá de la suspensión temporal de los desembolsos. A causa de la competencia entre donantes, esas sanciones pronto pasan al olvido. Las sanciones no solo deberían influir a nivel país, sino que también deberían afectar a la remuneración de los funcionarios públicos responsables en los países receptores.

**Lucien Peters**

*Experto en Finanzas Públicas  
Oficina Estadística Europea, Luxemburgo*

## ¿Por qué no limitar los préstamos nuevos?

Según Raghuram Rajan (“Alivio de la deuda y crecimiento”, junio de 2005), el alivio de la deuda, aunque útil, no es una panacea. Sería preferible que un país recibiera recursos “adicionales” y no solo alivio de la deuda: a un país que paga US\$100 millones al año en servicio de la deuda no le importaría si recibe US\$200 millones en préstamos nuevos sin cancelación de deuda, o US\$100 millones en cancelación de deuda y otros US\$100 millones en préstamos nuevos. La entrada neta anual es la misma: solo cambia el saldo de los pasivos.

Me permito discrepar. Si el país no puede pagar la deuda, ¿de qué sirve darle más préstamos para pagar los anteriores? Este método suena a la estafa de la pirámide y parecería apuntar tan solo a guardar las apariencias en los estados financieros de las instituciones multilaterales. En el ejemplo dado, aunque los US\$100 millones en préstamos nuevos podrían ayudar al país a aumentar sus asignaciones presupuestarias el

servicio de la deuda seguirá sin pagarse. Por ende, recibir una condonación de la deuda de US\$100 millones (reduciendo así el saldo de la deuda) no es lo mismo que recibir un nuevo préstamo de US\$100 millones, que aumentará aún más el saldo de la deuda si se usa para incrementar los gastos del fisco, que es lo más probable.

Estoy completamente de acuerdo con Rajan cuando dice que la condonación de la deuda no puede por sí misma impulsar el crecimiento. Pero el sobreendeudamiento sigue siendo un gran problema para los países pobres. A la Iniciativa PPME, que presuntamente resolvería el problema de la deuda en forma definitiva, ahora se ha sumado la del G-8 en Gleneagles. Lo más probable es que después surjan otras. En vez de aumentar los flujos nuevos como recomienda Rajan, quizá tuviese más sentido imponer un límite, por regla fiscal, a los préstamos nuevos contraídos por países pobres.

**Jean-Pierre Dumas**

*Economista y consultor, Francia*

## Rediseño de la ayuda

Según Steven Radelet, Michael Clemens y Rikhil Bhavnani (“Ayuda y crecimiento”, septiembre de 2005), aunque cabe esperar que la ayuda de “pronta incidencia” tenga repercusiones considerables en el crecimiento, la ayuda para fines humanitarios, institucionales y de desarrollo no tiene el mismo efecto inmediato. Sus conclusiones representan un aporte sustantivo y plausible al debate sobre la incidencia de la ayuda en el desarrollo. La publicación de su estudio coincide con la cumbre de Gleneagles, donde el G-8 se comprometió a incrementar la ayuda en US\$50.000 millones. Pero el aumento de la ayuda no ofrece una panacea global para la pobreza. Solo puede ser una pieza del vasto rompecabezas de reforma que se necesita para afianzar el crecimiento y reducir la pobreza. La ayuda para el desarrollo no ha logrado hasta ahora elevar el crecimiento lo suficiente como para reducir la pobreza de manera palpable, y los indicadores de pobreza, salud y educación son frustrantes, especialmente en el Norte de África y la región subsahariana. No nos engañemos: esta pobreza es la principal causa del terrorismo internacional, la marginación social, el problema de la droga y la inmigración ilegal.

El tema es por qué la ayuda (donaciones o préstamos) no ha generado crecimiento en la mayoría de los países en desarrollo. ¿Cuáles son los cuellos de botella que impiden que la ayuda fomente el desarrollo? El crecimiento es un problema multidimensional que abarca factores económicos (inversión; ahorro; política fiscal, monetaria y aduanera) y no económicos (institucionales, políticos y sociales). Para que tenga lugar, la política de ayuda debe repensarse con un enfoque más integrado. Los países en desarrollo, por su parte, deben modernizar sus instituciones, combatir la corrupción, adoptar políticas fiscales racionales y emprender medidas para controlar la volatilidad de los flujos de ayuda. Sin tales reformas, la ayuda para el desarrollo no pasa de ser un esfuerzo a medias.

**Hicham Houari**

*Ministerio de Finanzas y Privatización, Marruecos*